

## LECTIO DIVINA SEXTO DOMINGO DE PASCUA

### GRACIAS POR SU AYUDA EN EL BAZAAR

(5 de mayo 2024)

**Hech 10,25-26.34-35.44-48**

**Sal 97**

**1Jn 4,7-10**

**Jn 15,9-17**

La liturgia del Sexto Domingo de Pascua expone, ante nuestros ojos, la “red” del amor que atraviesa toda la historia de la salvación: Dios es la fuente primera del amor; ama a su Hijo Jesús, le comunica su amor y lo envía al encuentro de los hombres; Jesús mostró a los hombres, con gestos y palabras, el amor de Dios; Los discípulos de Jesús lo acompañaron desde Galilea hasta Jerusalén y fueron testigos de su amor “hasta el fin”; Transformados en Hombres Nuevos por el amor de Jesús, los discípulos son ahora heraldos del amor de Dios en el mundo.

**La segunda lectura** confirma que Dios es el origen del amor (“Dios es amor”) y que de Él surgió esta cadena de amor que nos llegó, en Jesús y por Jesús. Nosotros, transformados por este amor, ahora podemos acercarnos a Dios, conocer a Dios y convertirnos en hijos de Dios.

**En el Evangelio**, Jesús, en el contexto de la despedida, deja a sus discípulos “su” mandamiento fundamental: “amaos unos a otros como yo os he amado”. Son los “amigos” a quienes Jesús amó hasta el final y reveló el amor del Padre. La misión de los discípulos es dar testimonio, en el mundo y en la historia, de este modo de vivir que aprendieron de Jesús.

**La primera lectura** afirma que la salvación ofrecida por Dios a través de Jesucristo, y traída al mundo por los discípulos, está destinada a todos los hombres, sin excepción. Para Dios lo decisivo no es la pertenencia a una raza o a un determinado grupo social, sino la disponibilidad a acoger el amor de Dios y a dar testimonio de ese amor.

**Hechos 10,25-26.34-35.44-48**

*En aquel tiempo, entró Pedro en la casa del oficial Cornelio, y éste le salió al encuentro y se postró ante él en señal de adoración. Pedro lo levantó y le dijo: "Ponte de pie, pues soy un hombre como tú". Luego añadió: "Ahora caigo en la cuenta de que Dios no hace distinción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que fuere".*

*Todavía estaba hablando Pedro, cuando el Espíritu Santo descendió sobre todos los que estaban escuchando el mensaje. Al oírlos hablar en lenguas desconocidas y proclamar la grandeza de Dios, los creyentes judíos que habían venido con Pedro, se sorprendieron de que el don del Espíritu Santo se hubiera derramado también sobre los paganos.*

*Entonces Pedro sacó esta conclusión: "¿Quién puede negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?" Y los mandó bautizar en el nombre de Jesucristo. Luego le rogaron que se quedara con ellos algunos días. **Palabra de Dios.***

#### AMBIENTE

El texto que la liturgia de este sexto domingo de Pascua nos propone como primera lectura forma parte de una sección del libro de los Hechos de los Apóstoles (cf. 9,32-11,18) cuyo protagonista es el apóstol Pedro. Este apartado se refiere a la actividad misionera de Pedro en las costas de la costa palestina, entre Jope y Cesarea Marítima, donde Pedro, asumiendo el papel de predicador itinerante, visitó diversas comunidades cristianas.

El episodio que nos propone nos sitúa en Cesarea Marítima, ciudad construida por Herodes el Grande en el siglo I a. C., en un lugar antiguamente conocido como “Torre de Estraton”. Cesarea era la sede del poder romano en Palestina, ya que allí residían los procuradores romanos de Judea. En el centro de la escena está un centurión romano llamado Cornelio, que era “piadoso y temeroso de Dios” (Hechos 10:2).

Pedro estaba en Jope (actual Jaffa), un poco más al sur, alojándose en casa de Simón el curtidor (cf. Hch 9,43); pero, invitado por Cornelio, va a Cesarea, va a casa del centurión romano y, hallándolo reunido con varios familiares y amigos (cf. Hch 10,24), les anuncia a Jesús.

La actitud de Pedro debió generar alguna controversia en las primeras comunidades cristianas, particularmente en la comunidad cristiana de Jerusalén (cf. Hechos 11,2-3). Para los primeros cristianos, procedentes del mundo judío, no estaba claro que los paganos pudieran entrar en la comunidad cristiana. El pagano era considerado un ser inmundo, en cuya casa el buen judío tenía prohibido entrar para no contaminarse.

¿Querría Dios que la salvación fuera anunciada también a los paganos?

Para el autor de los Hechos de los Apóstoles, está perfectamente claro que Dios quiere ofrecer la salvación también a los paganos. Para dejar esto bien claro, pone a Dios a cargo de toda la trama: es Dios quien, en una visión, pide a Cornelio que mande llamar a Pedro (cf. Hch 10,1-8); y es Dios quien lleva a Pedro “al éxtasis” y le sugiere que pueda ir al encuentro de Cornelio sin contaminarse por el contacto con un pagano (cf. Hechos 10,9-23). La decisión de Pedro de presentar la propuesta de Jesús a una familia pagana será, poco después, aprobada por la Iglesia de Jerusalén (cf. Hechos 11,18).

Este episodio tiene una importancia especial en el plan imaginado por Lucas para la expansión de la Iglesia... Cornelio es el primer pagano admitido oficialmente en la comunidad de Jesús. La conversión de Cornelio marca un punto de inflexión decisivo en el anuncio del Evangelio que, a partir de este momento, se abre también a los paganos.

La conversión de Cornelio será, básicamente, histórica; las “visiones” y los detalles son probablemente el escenario que Lucas configura para presentar su catequesis.

## MENSAJE

Después de describir la recepción de Pedro en casa de Cornelio, Lucas pone en boca de Pedro un discurso – del que, sin embargo, la lectura que se nos propone sólo presenta un pequeño extracto – donde el **kerygma** (primer anuncio, que proclama las verdades fundamentales sobre Jesús) es aún primitivo. En este discurso, Pedro anuncia a Jesús (v. 38a), su actividad (“*iba de lugar en lugar haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*” – v. 38b), su muerte (v.39b), su resurrección (v. 40) y la dimensión salvadora de su acción (v. 43b). Este es el anuncio que Jesús encargó a los primeros discípulos para testificar al mundo entero.

Nuestro texto enfatiza, especialmente, el hecho de que el mensaje de salvación está destinado a todas las naciones, sin distinción de personas, razas o pueblos. Ya al comienzo del discurso, Pedro reconoce que “*Dios no hace distinción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que fuere*” (v. 34-35). Por tanto, el anuncio sobre Jesús debe llegar a todos los rincones de la tierra; La salvación de Dios es para todos los hombres y mujeres, sin excepción.

Después del anuncio hecho por Pedro, el derramamiento del Espíritu se produce “sobre los que oyeron la Palabra” (v. 44), sin distinción entre judíos y paganos (v. 45). El resultado del don del Espíritu se describe con los mismos elementos que aparecieron en el relato del día de Pentecostés: todos “hablaron en lenguas” y “glorificaron a Dios” (v. 46). Es una confirmación directa de que Dios ofrece la salvación a todos los hombres y mujeres, sin distinguir razas, culturas o naciones. Pedro saca las conclusiones necesarias de este hecho y bautiza a Cornelio y a toda su familia.

Los primeros cristianos, procedentes del mundo judío y marcados por la mentalidad judía, consideraban que la salvación era, ante todo, un regalo de Dios a los judíos; los paganos eventualmente podrían tener acceso a la salvación, siempre y cuando se convirtieran al judaísmo, aceptaran la Ley de Moisés y la circuncisión. Pero el Espíritu Santo, derramado sobre Cornelio y su familia, vino a mostrar que la salvación ofrecida por Dios, traída por Jesús y testificada por los discípulos, no es herencia ni monopolio de judíos o cristianos del judaísmo; pero es un don ofrecido a todos los que tienen el corazón abierto a las propuestas de Dios.

## ACTUALIZACION

- Dios ve a todos los hombres y mujeres como sus amados hijos e hijas. No los discrimina por el color de su piel, su raza, la nación a la que pertenecen, la posición que ocupan en la sociedad: ama a todos por

igual, con un amor sin límites. Su gran deseo es verlos caminar por la vida, libres y felices, hasta su encuentro final con Él. Por eso, les ofrece la salvación: los llama, les habla, los abraza, les muestra los caminos que deben recorrer, los apoya. y los sostiene en el camino, les muestra la meta a alcanzar... La salvación que Él ofrece no llega sólo a quienes se cierran en el orgullo y la autosuficiencia, rechazando los dones de Dios. El bautismo fue, para todos nosotros, el momento de nuestro “sí” a Dios y su oferta de salvación; pero es necesario que, en cada momento, renovemos ese primer “sí” y que vivamos en una disponibilidad permanente para acoger a Dios, sus propuestas, sus dones, su amor. Después de nuestro “sí” inicial, ¿estamos todavía disponibles para aceptar la salvación que Dios nos ofrece? ¿Tratamos de escuchar las instrucciones que Él nos da y caminar de acuerdo con ellas? ¿Creemos firmemente que las propuestas de Dios nos llevan en dirección a la Vida verdadera, a la Vida eterna, a la felicidad sin fin?

•La idea de que Dios no excluye a nadie de la salvación y no respeta a las personas nos parece un hecho perfectamente lógico y evidente. Pero aceptar esta lógica tiene consecuencias para nuestras vidas, particularmente para la forma en que vemos a los otros hombres y mujeres con los que nos cruzamos en la vida. El Dios que ama a todos sus hijos e hijas, sin excepción, nos invita a acoger a todos nuestros hermanos y hermanas –incluso a los “diferentes”, incluso a los incómodos- con bondad, con comprensión, con amor; el Dios que derrama su salvación sobre todos nos invita a no discriminar entre “buenos” y “malos”, “santos” y “pecadores” (muchas veces, nuestros juicios sobre la “bondad” o la “maldad” de los demás fallan por completo); el Dios que invita a cada hombre y a cada mujer a unirse a la comunidad de salvación nos dice que debemos acoger y amar a todos, sin importar su raza, el color de su piel, su origen, su preparación cultural, su lugar en la escala social. No sólo en teoría, sino sobre todo en nuestros gestos concretos, estamos llamados a anunciar este mundo de Dios, sin exclusión, sin marginación, sin intolerancia, sin prejuicios. ¿Cómo vemos y tratamos a los que son “diferentes”? Nosotros, amados hijos de un Dios que no hace acepción de personas, ¿caemos presa de prejuicios, conclusiones precipitadas, juicios erróneos, posiciones ideológicas que dividen, marginan, segregan a personas o grupos humanos?

•Cuando Pedro llegó a casa de Cornelio, éste salió a su encuentro y cayó a sus pies... Pero en seguida Pedro le dijo: “*Ponte de pie, pues soy un hombre como tú*” (v. 25-26). La actitud humilde de Pedro nos hace pensar cuán ridículos y sin sentido son ciertos intentos de afirmación personal frente a los hermanos, ciertas poses de superioridad, la búsqueda de privilegios y honores, las luchas por los primeros lugares... Aquellos que, en una comunidad, – civiles o religiosos- ha sido confiada la responsabilidad de presidir, coordinar, organizar, animar, deben sentirse “hombres sencillos”, humildes instrumentos de Dios. Tu misión es servir, ayudar, cuidar, no buscar privilegios, honores, situaciones que satisfagan tus ambiciones personales. Cuando soy llamado a una determinada misión en la comunidad, ¿cómo la afronto? ¿Cómo trato a aquellos a quienes debo servir en el contexto de la misión que me ha sido confiada?

### Salmo 97

**R.** El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad. Aleluya.

Cantemos al Señor un canto nuevo,  
pues ha hecho maravillas.

Su diestra y su santo brazo  
le han dado la victoria.

**R.** El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad. Aleluya.

El Señor ha dado a conocer su victoria  
y ha revelado a las naciones su justicia.

Una vez más ha demostrado Dios  
su amor y su lealtad hacia Israel.

**R. El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad. Aleluya.**

La tierra entera ha contemplado  
la victoria de nuestro Dios.

Que todos los pueblos y naciones  
Aclamen con júbilo al Señor.

**R.** El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad. Aleluya.

### 1Juan 4,7-10

*Queridos hijos: Amémonos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor. El amor que Dios nos tiene se ha manifestado en que envió al mundo a su Hijo unigénito, para que vivamos por él.*

*El amor consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero y nos envió a su Hijo, como víctima de expiación por nuestros pecados. Palabra de Dios.*

## AMBIENTE

Como vimos los domingos anteriores, la Primera Carta de Juan es una instrucción escrita destinada a algunas Iglesias de Asia Menor nacidas en un contexto joánico (es decir, vinculado a la figura del apóstol Juan, que pasó los últimos años de su vida en Éfeso, ciudad situada en la costa de Jonia, cerca de la moderna Selçuk, en la actual Turquía). Combatir las doctrinas heréticas de las sectas pregnósticas que, a finales de siglo. Yo, tiré confusión en las comunidades cristianas; y define los principios fundamentales de la auténtica vida cristiana.

En este contexto de enfrentamiento a las herejías pregnósticas, una de las cuestiones más controvertidas (y a la que el autor de la Primera Carta de Juan concede una importancia fundamental) fue la cuestión del amor al prójimo. Los herejes pregnósticos afirmaban que lo esencial de la fe residía en la vida de comunión con Dios y descuidaban las realidades del mundo. Pensaban que se podía descubrir “la luz” y estar cerca de Dios, incluso odiando a los demás (cf. 1 Juan 2,9). Ahora bien, según el autor de la Primera Carta de Juan, el amor al prójimo es una exigencia central de la experiencia cristiana. La esencia de Dios es el amor; y nadie puede decir que está en comunión con Él si no se ha dejado contagiar y embeber del amor.

El texto que se nos propone pertenece a la tercera parte de la carta (cf. 1 Juan 4,7-5,12). Allí, el autor establece como criterio de auténtica vida cristiana la relación entre el amor a Dios y el amor a los hermanos. Es en esta doble dimensión donde los cristianos deben encontrar su identidad.

## MENSAJE

Para el autor de la Primera Carta de Juan hay un “dogma” fundamental que se impone con fuerza irresistible y que marca toda la existencia cristiana: la certeza de que “**Dios es amor**”. Esto significa que la característica más distintiva del ser de Dios es el amor y que la actividad más específica de Dios es amar. La prueba innegable de que Dios es amor es el hecho de que envió a su único Hijo al encuentro de los hombres para darles Vida (v. 9). Jesucristo, el Hijo de Dios que se encarnó en la historia humana, cumpliendo el plan del Padre, mostró en gestos concretos de curación y cuidado el amor de Dios por los hombres, especialmente por los más pobres, los excluidos, los marginados... Por amor, él luchó a muerte para liberar a los hombres de la esclavitud, la opresión, el egoísmo, el sufrimiento; por amor, caminó hasta la cruz y entregó su vida hasta la última gota de sangre; por amor, se enfrentó al sepulcro y venció a la muerte. Toda la vida de Jesús afirma y garantiza el inmenso amor que Dios tiene por nosotros.

Además: Dios no esperó que le amáramos para amarnos; nos amó cuando estábamos lejos de Él, nos amó a pesar de nuestro pecado, de nuestras decisiones equivocadas, de nuestra indiferencia, de nuestras rebeliones. Dios nos amó cuando no lo merecíamos. El amor de Dios es un amor incondicional, libre y desinteresado que no exige nada a cambio; es un amor que nos purifica, que nos rehabilita y que nos salva (v. 10).

Nosotros, discípulos de Jesús, conocemos bien el amor de Dios. Lo vimos presente en Jesús, en su vida, en sus palabras, en sus gestos, en su muerte. Y, bautizados en Cristo, nos convertimos en hijos amados de este Dios que ama sin medida. Ahora es la Vida de Dios la que circula dentro de nosotros. Ahora bien, si Dios es amor, este amor debe circular en nosotros, llenar nuestro corazón y brillar en nuestros gestos. La vida de Dios que circula en nosotros se traduce, por tanto, en gestos concretos de amor hacia nuestros hermanos y hermanas. Para quienes nacieron de Dios sólo hay una manera de vivir: amando a sus hermanos con el mismo amor incondicional, desinteresado y libre que caracteriza el ser de Dios (v. 7).

## ACTUALIZACION

• Dios es amor” – dice el autor de la Primera Carta de Juan. Esta no es una definición abstracta ni una tesis académica; Es una realización que surge de la contemplación de las acciones e intervenciones de Dios en la historia y la vida de los hombres. Dios comenzó creando el universo, el mundo y los seres humanos con el amor y cuidado de un artista. Luego, a lo largo de la historia humana, Él siempre buscó

estar presente en el camino de sus hijos y darles su amor: les reveló su rostro, se comprometió con ellos en alianza, les mostró los caminos que debían recorrer. encontrar la vida, les advirtió repetidamente que no tomaran el camino de la muerte... Incluso envió a su Hijo Unigénito al encuentro de los hombres para ofrecerles la salvación. Es verdad: la historia de la salvación es una extraordinaria historia de amor con Dios como protagonista. Y esta historia no termina, porque el amor de Dios por sus hijos nunca se agota. Continuamos hoy, en cada paso del camino, experimentando la realidad de ese amor. Y es con la certeza del amor siempre fiel de Dios que avanzamos, afrontando las crisis, incertidumbres, tormentas y vicisitudes que marcan la historia de nuestro tiempo. ¿Somos conscientes de esto? ¿Nos sentimos apoyados por el amor de Dios en el camino que recorreremos cada día? ¿Damos testimonio a los demás hombres y mujeres que caminan a nuestro lado de nuestra confianza inquebrantable en un Dios que nos ama?

- “Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios”. Es una afirmación extraordinaria, que quizás nos obligue a revisar algunos de nuestros esquemas mentales. Nos invita a ver como hermanos nuestros, miembros de la familia de Dios, a todos aquellos que, por amor, hacen el bien. Es posible que sus nombres ni siquiera aparezcan en los libros de registro de bautismos que guardamos en nuestras oficinas de registro parroquial; pero ellos “conocen a Dios”, están muy cerca de Dios, son de Dios. ¿Cómo vemos a nuestros hermanos y hermanas que están fuera de la comunidad cristiana o que llevan una vida reprochable desde el punto de vista de la moral actual, pero que buscan servir, amar y cuidar a los seres humanos que sufren? ¿Cómo consideramos a quienes, afirmando ser ateos o agnósticos, defienden a los más débiles, luchan por los derechos y la dignidad de sus hermanos?

- Si somos “hijos” de este Dios que es amor, “amémonos unos a otros” con un amor igual al de Dios: amor incondicional, libre y desinteresado. Ser “hijo de Dios” no significa pasar la vida mirando al cielo, ignorando el dolor, las necesidades y las luchas de nuestros hermanos y hermanas que caminan a nuestro lado; ser “hijo de Dios” no significa apreciar las “cosas religiosas” e ignorar los dramas de los pobres, los oprimidos, los marginados; ser “hijo de Dios” es no tratar bien a algunas personas que “nos convienen” o con las que nos identificamos más, y dejar de lado a aquellas que no nos agradan o con las que no nos identificamos. La vida de Dios que llena el corazón de los creyentes debe manifestarse en gestos concretos de solidaridad, de servicio, de donación, en beneficio de todos nuestros hermanos y hermanas. ¿Es así como vivo mi filiación divina, amando a todos, sin distinción, en gestos concretos de servicio, de entrega, de donación?

### **Juan 15,9-17**

*En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Como el Padre me ama, así los amo yo. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecen en mi amor; lo mismo que yo cumplo los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho esto para que mi alegría esté en ustedes y su alegría sea plena.*

*Éste es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene amor más grande a sus amigos que el que da la vida por ellos. Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que le he oído a mi Padre.*

*No son ustedes los que me han elegido, soy yo quien los ha elegido y los ha destinado para que vayan y den fruto y su fruto permanezca, de modo que el Padre les conceda cuanto le pidan en mi nombre. Esto es lo que les mando: que se amen los unos a los otros". Palabra del Señor.*

### **AMBIENTE**

El evangelio del sexto domingo de Pascua nos sitúa, una vez más, en Jerusalén, una noche de jueves del mes de Nisán del año treinta, un día antes de la celebración de la Pascua judía. Jesús está en la mesa con sus discípulos, en una inolvidable cena de despedida. Es el mismo escenario en el Evangelio que escuchamos el domingo pasado.

Sobre Jesús y su grupo de discípulos pende la sombra de la cruz. Esa noche, después de cenar, Jesús cruzará el valle de Cedrón, al este de la ciudad, y se dirigirá a Getsemaní (“lagar de aceite”), un huerto situado al pie del Monte de los Olivos, donde pasará unos momentos. en oración. Allí será arrestado por

los soldados del Templo. Durante esa noche comparecerá ante el Sanedrín, será juzgado y condenado a muerte. A la mañana siguiente, después de que el gobernador romano confirme la sentencia, será crucificado.

Mientras se sienta a la mesa con sus discípulos, Jesús es perfectamente consciente de lo que le espera en las próximas horas. No le preocupa lo que le sucederá: cuando aceptó el proyecto del Padre y comenzó a anunciar el Reino, sabía los riesgos que correría; pero se preocupa por aquellos discípulos que están con Él en la mesa ese jueves por la noche... ¿Qué será de ellos cuando les quiten a su Maestro? ¿Pueden ellos, sin que Jesús les muestre el camino a cada paso, hacer avanzar el proyecto del Reino? ¿Sabrán discernir, en medio de las crisis y tormentas que tendrán que afrontar, qué es importante y qué es secundario? ¿Podrán mantener una relación con Jesús?

Después de la cena, Jesús habla largamente con sus discípulos y les da sus últimas instrucciones. Recuérdeles la esencia del mensaje que trató de transmitirles mientras viajaba con ellos por los caminos de Galilea y Judea; animálos con la promesa del Espíritu; Dígalos cómo pueden, mientras tanto, mantener su conexión con Él y continuar recibiendo Vida de Él. Todo lo que se dijo esa noche, alrededor de la mesa, suena a “testamento final”. Los discípulos nunca olvidarán lo que dijo Jesús en esa cena de despedida.

## MENSAJE

El texto evangélico de este domingo continúa lo que escuchamos el domingo anterior. En la *“alegoría de la vid y los sarmientos”* (Juan 15:1-8), los discípulos fueron invitados a “permanecer en Jesús”; Este “permanecer en Jesús” se materializa ahora en el “permanecer en el amor” (Juan 15,9-17): los discípulos deben permanecer unidos a Jesús por el vínculo del amor.

La relación del Padre con Jesús es el modelo de la relación que Jesús pretende mantener con sus discípulos. El Padre amaba a Jesús y siempre le mostró su amor; y Jesús respondió al amor del Padre, cumpliendo sus mandamientos. De la misma manera Jesús amó a sus discípulos y siempre les mostró su amor; y los discípulos deben responder al amor de Jesús, cumpliendo sus mandamientos (v.9-10).

¿Cuáles son estos mandamientos del Padre que Jesús buscó cumplir con total fidelidad y obediencia? Juan se refiere aquí, evidentemente, al cumplimiento del proyecto de salvación que Dios tenía para los hombres y que encomendó a Jesús. Jesús, en obediencia al plan del Padre, vino al encuentro de los hombres y caminó con ellos; los liberó de la opresión de la Ley y de todo lo que los mantenía prisioneros de las tinieblas; los liberó del sufrimiento y de la enfermedad; los salvó del egoísmo, del orgullo, de la autosuficiencia, de la autocomplacencia; les enseñó a elegir la justicia, la verdad, la libertad; les abrió los ojos para que pudieran caminar en la luz; les enseñó a vivir en el amor, a servir, a dar la vida para que todos tengan vida. El Padre, fuente de amor, “envió” al Hijo para salvar a los hombres de todo lo que les robaba la vida; y el Hijo amó a los hombres “hasta el extremo” y dio su propia vida para que los hombres tuvieran vida en abundancia. Por amor, Jesús cumplió plenamente los “mandamientos” del Padre.

De la acción de Jesús nació el Hombre Nuevo, libre de egoísmo y de pecado, capaz de establecer nuevas relaciones con los demás hombres y con Dios. Los discípulos son fruto de la obra de Jesús. Forman una comunidad de hombres libres, que acogieron y asimilaron la propuesta salvadora que el Padre les presentó en Jesús. Nacieron del amor del Padre, un amor que estaba presente en las acciones, los gestos y las palabras de Jesús.

Ahora los discípulos, nacidos de la acción salvadora y liberadora de Jesús, están vinculados a Jesús. Por lo tanto, deben cumplir los “mandamientos” de Jesús como Jesús cumplió los “mandamientos” del Padre. Como Jesús, los discípulos deben ser testigos de la salvación de Dios y llevar la liberación a sus hermanos. Como Jesús, los discípulos deben amar, hasta el don total de sí mismos, para que sus hermanos tengan Vida. Si hacen esto, siempre estarán en relación con Jesús, conectados con Jesús. Esta relación será fuente permanente de alegría, de plenitud, de vida verdadera (v.11).

Así, la gran indicación que Jesús deja a los discípulos, **su gran “mandamiento”**, es que vivan en el amor (*“que se amen los unos a los otros como yo los he amado”* – v. 12). Jesús amó totalmente, hasta las últimas consecuencias, hasta el don de la vida (v. 13). Los discípulos deben vivir como vivió Jesús: deben amarse unos a otros con un amor que es servicio, entrega total, entrega radical. De este amor nace la

comunidad del Reino, la comunidad del mundo nuevo, que testimonia, por el amor, la salvación de Dios. Dios está presente en el mundo y actúa para liberar a los hombres a través de ese amor desinteresado, libre, total, que tiene la marca de Jesús y del que los discípulos están llamados a testimoniar.

¿Cómo es la relación entre Jesús y esta comunidad de Hombres Nuevos que aprendieron de Jesús a vivir en el amor y que, amando hasta el extremo, son testigos en el mundo de la salvación de Dios?

La comunidad de Jesús y los discípulos es una comunidad de “amigos” de Jesús (v. 14). La relación que Jesús tiene con los miembros de esta comunidad no es una relación de “maestro” y “siervos”, sino una relación de “amigos”, ya que el amor colocó a Jesús y a los discípulos en el mismo plano. Jesús sigue siendo el centro del grupo, pero no se pone por encima del grupo. Él es y será siempre el compañero de los discípulos. Los une la lealtad y el cariño propios de los “amigos”.

Todos estos “amigos” colaboran en una tarea común. Todos tienen la misma misión (testimoniar, a través del amor, la salvación de Dios) y todos son responsables de que la misión se haga realidad. Los discípulos no son servidores a sueldo de un amo, sino amigos que, voluntariamente y llenos de alegría y entusiasmo, colaboran en una tarea que les produce una alegría infinita.

Entre estos “amigos”, hay total comunicación y confianza (el “siervo” desconoce los planes del “amo”; pero el “amigo” comparte sus planes y proyectos con el otro “amigo”). Jesús comunicó a sus “amigos” el proyecto de salvación que el Padre tenía para los seres humanos y también la manera de realizar ese proyecto (a través del amor, la entrega, el don de la vida). Jesús revela a Dios a sus “amigos”, no a través de declaraciones sobre el ser de Dios, sino mostrando, con su persona y su actividad, que el Padre es amor sin límites y obra a favor del hombre.

Los discípulos (los “amigos”) son los elegidos de Jesús, aquellos a quienes Él escogió, llamó y envió al mundo para dar fruto (v. 16a). Esto no significa que Jesús llame a unos y rechace a otros; Significa que la iniciativa no pertenece a los discípulos y que su acercamiento a la comunidad del Reino es sólo una respuesta al desafío que presenta Jesús.

El objetivo de este llamado es la misión (“*soy yo quien los ha elegido y los ha destinado para que vayan y den fruto y su fruto permanezca*” – v. 16b). Jesús no quiere establecer una comunidad cerrada, aislada, introspectiva, sino una comunidad que se encuentra con el mundo, que continúa su obra, que da testimonio del amor, que lleva a todos los hombres el proyecto liberador y salvador de Dios. El resultado de la acción de los discípulos de Jesús será el nacimiento del Hombre nuevo, es decir, de hombres adultos, libres, responsables, animados por el Espíritu, que reproduzcan los gestos de amor de Jesús en medio del mundo. De esta manera, el proyecto salvífico de Dios llegará a buen término. Este “fruto” debe permanecer, es decir, debe convertirse en una realidad efectivamente presente en el mundo, capaz de transformar el mundo y la vida de los hombres. Cuanto más fuerte sea la intensidad del vínculo que une a los discípulos con Jesús, más frutos nacerán de las acciones de los discípulos.

En esta acción los discípulos no estarán solos. El amor y la unión del Padre con Jesús sostendrán a los discípulos que, en medio del mundo, se esfuerzan por realizar el proyecto de salvar al Hombre (v. 16c). El texto termina con una nueva referencia al mandamiento de Jesús: “*que se amen los unos a los otros*” (v. 17). El amor compartido es la condición para estar unidos a Jesús y para dar fruto. Si se cumple este mandamiento, Jesús estará siempre presente junto a sus discípulos; y, esta presencia impulsará a la comunidad y la sustentará en su actividad en favor del hombre.

## ACTUALIZACION

- La primera gran certeza que les queda a los discípulos después de lo que Jesús les dijo en aquella memorable cena de despedida es que no caminarán solos en su camino a través de la historia. Jesús los acompañará en cada paso del camino, sosteniéndolos con su amor, con su presencia amiga, con sus palabras luminosas y consoladoras. No es fácil para nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, hacemos camino llevando sobre nuestras espaldas el pesado peso de los desafíos y obstáculos que nos trae nuestro tiempo; no es fácil, en un contexto hostil y crítico, sentirse como un “pequeño rebaño”, sin influencia y sin poder, ignorados por el mundo y aparentemente incapaces de cambiar el curso de la historia... Pero hay una cosa que no podemos olvidar: Jesús camina a nuestro lado, dándonos ánimo y esperanza, luchando con nosotros para vencer las fuerzas de la opresión, la injusticia, la violencia y la muerte. ¿Sentimos

que Jesús, vivo y resucitado, nos acompaña en el camino y alimenta nuestra esperanza? ¿Nos sentimos personalmente conectados con Él y nutridos por Su amor?

- *“Éste es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado”* – dijo Jesús a sus discípulos al despedirse de ellos. Jesús dio testimonio del amor de Dios en cada gesto que hizo y ante cada hombre o mujer que se cruzó con Él; Por amor a sus hermanos, Jesús luchó contra todo lo que les hacía sufrir y les impedía tener Vida; Por amor a todos los hombres y mujeres de ayer, de hoy y de mañana, Jesús entregó su vida hasta la última gota de sangre... Amó “hasta el extremo”, en donación total. Los que son “de Jesús” están invitados a vivir de la misma manera, amando y entregando la vida como Él lo hizo. ¿Es esto lo que hacemos, así es como vivimos? ¿Los hombres y mujeres que se cruzan con nosotros en el camino de la vida ven brillar en nosotros el amor de Jesús? ¿Nuestras comunidades, nacidas del amor de Jesús, son realmente carteles vivos que anuncian y testimonian el amor, o son espacios de conflicto, de división, de lucha por los propios intereses, de realización de proyectos egoístas? ¿Las personas heridas y dolidas que se acercan a nuestras comunidades cristianas son recibidas con el amor que aprendimos de Jesús, o son tratadas con indiferencia y arrogancia?

- Hay quienes piensan que el camino mostrado por Jesús a sus discípulos es un camino de renuncia, de sufrimiento, de sacrificio, que exige vivir apartados de todo lo bello, interesante y placentero. Pero no es así. Todo lo que Jesús propuso a los discípulos tiene como objetivo ayudarlos a ser felices: *“Les he dicho esto para que mi alegría esté en ustedes y su alegría sea plena.”* – les dijo, la verdadera alegría. no está en bienes efímeros, en valores fútiles que no sacian la sed de felicidad del ser humano; pero está en la entrega de sí mismo, en el servicio sencillo y humilde a los hermanos, en el cuidado de los más frágiles, en la vida ofrecida por amor. ¿Creemos esto? ¿Hemos hecho la comparación entre la alegría vacilante que resulta de valores efímeros y la alegría profunda y duradera que brota de gestos auténticos de entrega, de servicio, de cuidado hacia nuestros hermanos y hermanas?

- Los discípulos son los “amigos” de Jesús. Jesús los eligió, los llamó, compartió con ellos el conocimiento y el proyecto del Padre, los asoció a su misión; estableció con ellos una relación de confianza, cercanía, intimidad y comunión. La comunidad cristiana es una comunidad de “amigos” reunidos en torno a Jesús. Puede tener hermanos a quienes se les ha confiado el servicio de autoridad; pero no es una comunidad de “amos” y “sirvientes”, de “gente que manda” y “gente que obedece”, de “superiores” y “súbditos”. Es la comunidad de los “amigos” de Jesús, una comunidad de “iguales”. Y Jesús sigue, a pesar de todo, siendo el centro y la referencia en torno a la cual se construye la comunidad de los discípulos. ¿Funciona realmente la Iglesia de Jesús como una familia de “amigos” que se aman, que se ayudan en el camino, que comparten proyectos e ideales? ¿Es la Iglesia una comunidad de “hermanos”, donde todos tienen voz, donde la opinión de todos cuenta y donde todos colaboran para descubrir los caminos señalados por el Espíritu? ¿Es Jesús, de hecho, el centro alrededor del cual giran las vidas de sus “amigos”? ¿Cómo nosotros, amigos de Jesús, desarrollamos y profundizamos nuestro encuentro y comunión con Él diariamente?

- *“No son ustedes los que me han elegido, soy yo quien los ha elegido y los ha destinado para que vayan y den fruto y su fruto permanezca”* – dijo Jesús a sus discípulos. Jesús no llamó a los discípulos para encerrarlos en las sacristías; pero los llamó a dar testimonio en el mundo del proyecto salvífico de Dios. Los “amigos” de Jesús están llamados a mostrar con gestos concretos que Dios ama a cada hombre y a cada mujer – y de manera especial a los pobres, a los marginados, a los débiles, a los pequeños, a los oprimidos; Los “amigos” de Jesús están invitados a eliminar el sufrimiento, el egoísmo, la miseria, la injusticia, todo lo que oprime y esclaviza a los hermanos y destruye el mundo; Los “amigos” de Jesús tienen el desafío de ser heraldos de la justicia, la paz, la reconciliación y el amor; los “amigos” de Jesús tienen la tarea de denunciar los pseudovalores que oprimen y esclavizan a los hombres... Los miembros de la comunidad del Reino de Dios, transformados en Hombres Nuevos por el amor de Jesús, tienen la misión de siendo testigos de este mundo nuevo que Dios quiere ofrecer a los hombres y que Jesús anunció en su persona, en sus palabras y en sus gestos. ¿Estamos, de hecho, disponibles para colaborar con Jesús en esta misión?

